



Los 500 Años y la metáfora del estrecho

Los primeros cruzaron la Beringia. Y caminaron más de mil años atravesando todo el continente hasta hallar el **estrecho austral** y llamarlo Atelili. O también, quizás, como alguna vez pensó Mendes-Correa, salieron desde Australia a Tasmania, y desde allí al casquete polar antártico, y luego a la península de Graham, a las Shetland del Sur y hasta la Tierra del Fuego a través del mar de Drake. ¿Fue entonces cuando Kwanyip y sus guanacos llegaron desde el norte, cruzando el estrecho sobre la franja de tierra que aún unía la Tierra del Fuego al continente? ¿Fue en ese tiempo que Táita se apoderó del agua dulce de la zona y la honda de Táiyin **liberó a su pueblo -el Selk'nam-** con piedras que al caer abrían surcos donde brotaba el agua limpia? ¿Fue entonces cuando cayó, expulsado de esa honda, un enorme bloque de roca que abrió lo que hoy llamamos estrecho? Hace alrededor de 13 mil años, cazadores y recolectores convivían con **guanacos y milodones** en la zona centro-sur de la Patagonia. Y un par de miles de años después, atravesaron el estrecho por un puente de tierra en la **segunda angostura**. Eso, antes que el agua se llevara esa morrena y separara definitivamente la isla grande de la península. Sólo miles de años más tarde las especies de oriente soltaron las velas de las naos de **Magallanes** para romper las imágenes del desierto de arena que unía el "nuevo" continente al polo antártico. El capitán portugués, imagina Zweig, declara emocionado y seguro: "Hay **un paso entre los océanos**". Lo sé; conozco el sitio. Dadme una escuadra y, en beneficio vuestro, llegaré a él; y, de Este a Oeste, daré la vuelta a toda la tierra." Magallanes entró al estrecho el 21 de octubre de 1520. Y ocurrió con él que llegó la escritura: la de Antonio **Pigafetta**, autor de "Primer Viaje en Torno al Globo", relato de esa travesía y germen de la novela moderna, como evocaría García Márquez al recibir el Premio Nobel de Literatura en 1982. Fue la primera vez también, como ha comenzado a relevar la Academia Chilena de la Lengua, que se habló castellano en las costas del estrecho y de lo que mucho **más tarde sería Chile**.

Conocemos las coordenadas de ese viaje de hace casi **500 años**, pero no tenemos el relato de las primeras personas que cruzaron el estrecho. Ni de los que vieron las aguas llevándose el puente de tierra por el que habían atravesado. Ni de los que fueron en busca de ese puente y vieron por **primera vez** el estrecho tal como lo vemos hoy. Pero aquello sucedió. Por Pigafetta tenemos el testimonio letrado del viaje ulterior, aunque tampoco tenemos el testimonio de los demás marineros: ¿cómo vivieron y sintieron esos hombres

que venían en las naos los primeros destellos de estos parajes? ¿cómo sonaron las expresiones de júbilo, las maneras de decir su asombro y sus recuerdos en sus rudas lenguas cotidianas?

No de los **primeros humanos que miraron el estrecho**, sino sólo del viaje de Magallanes y Pigafetta y sus hombres tenemos fecha. De eso van a cumplirse cinco siglos el año 2020. Y en Magallanes, epicentro de los pasos más antiguos y de ese paso, puente de esa primera vuelta al globo con registro escrito, escenario articulador de la mirada ficcional y las hiperbolizaciones literarias modernas, y mapa inaugural de la palabra que heredamos, ¿cómo vamos a pensar y a decir ese acontecimiento? ¿Haremos de él un eje refundacional para aspirar a soñar un nuevo derrotero histórico?, ¿tomaremos como hito, una vez más, la llegada de occidente al continente, con todo su fulgor esta vez, con todo su detritus?, ¿vamos a hablar y a pensar en serio y, al mismo tiempo, a jurar un buen propósito comunitario, como en cualquier víspera de nuevo año?, ¿dónde está la sutura que articule el pensamiento y la emoción, las **dolorosas verdades y la necesaria esperanza** con los tejidos geográficos, sociales e históricos de nuestras condiciones magallánicas? Habría que recordar siempre disociar la palabra "descubrimiento" del paso de Magallanes por el estrecho. Lo que acontece en 1520 es, ya se ha dicho, un hito definitivo. Pero decir que Magallanes "descubrió" el estrecho, no sólo es poner la mirada que viene de Europa en la génesis exclusiva de nuestro propio universo, sino borrar -una vez más- la mirada y los saberes de **500 generaciones anteriores de seres humanos que miraron y habitaron y siguen habitando los espacios de este estrecho**.

Si las masas de agua más grandes de nuestro mundo se encuentran y comunican en esta zona, y si la paroja extrema, como dice Bachelard, está en el agua, nuestras geografías magallánicas entrañan entonces una metáfora profunda que **nace atada a sus costas**.

Conocemos las coordenadas de ese viaje de hace casi **500 años**, pero no tenemos el relato de las primeras personas que cruzaron el estrecho. Ni de los que vieron las aguas llevándose el puente de tierra por el que habían atravesado. Ni de los que fueron en busca de ese puente y vieron por **primera vez** el estrecho tal como lo vemos hoy. Pero aquello sucedió. Por Pigafetta tenemos el testimonio letrado del viaje ulterior, aunque tampoco tenemos el testimonio de los demás marineros: ¿cómo vivieron y sintieron esos hombres

que venían en las naos los primeros destellos de estos parajes? ¿cómo sonaron las expresiones de júbilo, las maneras de decir su asombro y sus recuerdos en sus rudas lenguas cotidianas?

No de los **primeros humanos que miraron el estrecho**, sino sólo del viaje de Magallanes y Pigafetta y sus hombres tenemos fecha. De eso van a cumplirse cinco siglos el año 2020. Y en Magallanes, epicentro de los pasos más antiguos y de ese paso, puente de esa primera vuelta al globo con registro escrito, escenario articulador de la mirada ficcional y las hiperbolizaciones literarias modernas, y mapa inaugural de la palabra que heredamos, ¿cómo vamos a pensar y a decir ese acontecimiento? ¿Haremos de él un eje refundacional para aspirar a soñar un nuevo derrotero histórico?, ¿tomaremos como hito, una vez más, la llegada de occidente al continente, con todo su fulgor esta vez, con todo su detritus?, ¿vamos a hablar y a pensar en serio y, al mismo tiempo, a jurar un buen propósito comunitario, como en cualquier víspera de nuevo año?, ¿dónde está la sutura que articule el pensamiento y la emoción, las **dolorosas verdades y la necesaria esperanza** con los tejidos geográficos, sociales e históricos de nuestras condiciones magallánicas? Habría que recordar siempre disociar la palabra "descubrimiento" del paso de Magallanes por el estrecho. Lo que acontece en 1520 es, ya se ha dicho, un hito definitivo. Pero decir que Magallanes "descubrió" el estrecho, no sólo es poner la mirada que viene de Europa en la génesis exclusiva de nuestro propio universo, sino borrar -una vez más- la mirada y los saberes de **500 generaciones anteriores de seres humanos que miraron y habitaron y siguen habitando los espacios de este estrecho**.

Si las masas de agua más grandes de nuestro mundo se encuentran y comunican en esta zona, y si la paroja extrema, como dice Bachelard, está en el agua, nuestras geografías magallánicas entrañan entonces una metáfora profunda que **nace atada a sus costas**.

Conocemos las coordenadas de ese viaje de hace casi **500 años**, pero no tenemos el relato de las primeras personas que cruzaron el estrecho. Ni de los que vieron las aguas llevándose el puente de tierra por el que habían atravesado. Ni de los que fueron en busca de ese puente y vieron por **primera vez** el estrecho tal como lo vemos hoy. Pero aquello sucedió. Por Pigafetta tenemos el testimonio letrado del viaje ulterior, aunque tampoco tenemos el testimonio de los demás marineros: ¿cómo vivieron y sintieron esos hombres

que venían en las naos los primeros destellos de estos parajes? ¿cómo sonaron las expresiones de júbilo, las maneras de decir su asombro y sus recuerdos en sus rudas lenguas cotidianas?

No de los **primeros humanos que miraron el estrecho**, sino sólo del viaje de Magallanes y Pigafetta y sus hombres tenemos fecha. De eso van a cumplirse cinco siglos el año 2020. Y en Magallanes, epicentro de los pasos más antiguos y de ese paso, puente de esa primera vuelta al globo con registro escrito, escenario articulador de la mirada ficcional y las hiperbolizaciones literarias modernas, y mapa inaugural de la palabra que heredamos, ¿cómo vamos a pensar y a decir ese acontecimiento? ¿Haremos de él un eje refundacional para aspirar a soñar un nuevo derrotero histórico?, ¿tomaremos como hito, una vez más, la llegada de occidente al continente, con todo su fulgor esta vez, con todo su detritus?, ¿vamos a hablar y a pensar en serio y, al mismo tiempo, a jurar un buen propósito comunitario, como en cualquier víspera de nuevo año?, ¿dónde está la sutura que articule el pensamiento y la emoción, las **dolorosas verdades y la necesaria esperanza** con los tejidos geográficos, sociales e históricos de nuestras condiciones magallánicas? Habría que recordar siempre disociar la palabra "descubrimiento" del paso de Magallanes por el estrecho. Lo que acontece en 1520 es, ya se ha dicho, un hito definitivo. Pero decir que Magallanes "descubrió" el estrecho, no sólo es poner la mirada que viene de Europa en la génesis exclusiva de nuestro propio universo, sino borrar -una vez más- la mirada y los saberes de **500 generaciones anteriores de seres humanos que miraron y habitaron y siguen habitando los espacios de este estrecho**.

Si las masas de agua más grandes de nuestro mundo se encuentran y comunican en esta zona, y si la paroja extrema, como dice Bachelard, está en el agua, nuestras geografías magallánicas entrañan entonces una metáfora profunda que **nace atada a sus costas**.

Conocemos las coordenadas de ese viaje de hace casi **500 años**, pero no tenemos el relato de las primeras personas que cruzaron el estrecho. Ni de los que vieron las aguas llevándose el puente de tierra por el que habían atravesado. Ni de los que fueron en busca de ese puente y vieron por **primera vez** el estrecho tal como lo vemos hoy. Pero aquello sucedió. Por Pigafetta tenemos el testimonio letrado del viaje ulterior, aunque tampoco tenemos el testimonio de los demás marineros: ¿cómo vivieron y sintieron esos hombres

que venían en las naos los primeros destellos de estos parajes? ¿cómo sonaron las expresiones de júbilo, las maneras de decir su asombro y sus recuerdos en sus rudas lenguas cotidianas?

No de los **primeros humanos que miraron el estrecho**, sino sólo del viaje de Magallanes y Pigafetta y sus hombres tenemos fecha. De eso van a cumplirse cinco siglos el año 2020. Y en Magallanes, epicentro de los pasos más antiguos y de ese paso, puente de esa primera vuelta al globo con registro escrito, escenario articulador de la mirada ficcional y las hiperbolizaciones literarias modernas, y mapa inaugural de la palabra que heredamos, ¿cómo vamos a pensar y a decir ese acontecimiento? ¿Haremos de él un eje refundacional para aspirar a soñar un nuevo derrotero histórico?, ¿tomaremos como hito, una vez más, la llegada de occidente al continente, con todo su fulgor esta vez, con todo su detritus?, ¿vamos a hablar y a pensar en serio y, al mismo tiempo, a jurar un buen propósito comunitario, como en cualquier víspera de nuevo año?, ¿dónde está la sutura que articule el pensamiento y la emoción, las **dolorosas verdades y la necesaria esperanza** con los tejidos geográficos, sociales e históricos de nuestras condiciones magallánicas? Habría que recordar siempre disociar la palabra "descubrimiento" del paso de Magallanes por el estrecho. Lo que acontece en 1520 es, ya se ha dicho, un hito definitivo. Pero decir que Magallanes "descubrió" el estrecho, no sólo es poner la mirada que viene de Europa en la génesis exclusiva de nuestro propio universo, sino borrar -una vez más- la mirada y los saberes de **500 generaciones anteriores de seres humanos que miraron y habitaron y siguen habitando los espacios de este estrecho**.

Si las masas de agua más grandes de nuestro mundo se encuentran y comunican en esta zona, y si la paroja extrema, como dice Bachelard, está en el agua, nuestras geografías magallánicas entrañan entonces una metáfora profunda que **nace atada a sus costas**.

Conocemos las coordenadas de ese viaje de hace casi **500 años**, pero no tenemos el relato de las primeras personas que cruzaron el estrecho. Ni de los que vieron las aguas llevándose el puente de tierra por el que habían atravesado. Ni de los que fueron en busca de ese puente y vieron por **primera vez** el estrecho tal como lo vemos hoy. Pero aquello sucedió. Por Pigafetta tenemos el testimonio letrado del viaje ulterior, aunque tampoco tenemos el testimonio de los demás marineros: ¿cómo vivieron y sintieron esos hombres

que venían en las naos los primeros destellos de estos parajes? ¿cómo sonaron las expresiones de júbilo, las maneras de decir su asombro y sus recuerdos en sus rudas lenguas cotidianas?

No de los **primeros humanos que miraron el estrecho**, sino sólo del viaje de Magallanes y Pigafetta y sus hombres tenemos fecha. De eso van a cumplirse cinco siglos el año 2020. Y en Magallanes, epicentro de los pasos más antiguos y de ese paso, puente de esa primera vuelta al globo con registro escrito, escenario articulador de la mirada ficcional y las hiperbolizaciones literarias modernas, y mapa inaugural de la palabra que heredamos, ¿cómo vamos a pensar y a decir ese acontecimiento? ¿Haremos de él un eje refundacional para aspirar a soñar un nuevo derrotero histórico?, ¿tomaremos como hito, una vez más, la llegada de occidente al continente, con todo su fulgor esta vez, con todo su detritus?, ¿vamos a hablar y a pensar en serio y, al mismo tiempo, a jurar un buen propósito comunitario, como en cualquier víspera de nuevo año?, ¿dónde está la sutura que articule el pensamiento y la emoción, las **dolorosas verdades y la necesaria esperanza** con los tejidos geográficos, sociales e históricos de nuestras condiciones magallánicas? Habría que recordar siempre disociar la palabra "descubrimiento" del paso de Magallanes por el estrecho. Lo que acontece en 1520 es, ya se ha dicho, un hito definitivo. Pero decir que Magallanes "descubrió" el estrecho, no sólo es poner la mirada que viene de Europa en la génesis exclusiva de nuestro propio universo, sino borrar -una vez más- la mirada y los saberes de **500 generaciones anteriores de seres humanos que miraron y habitaron y siguen habitando los espacios de este estrecho**.

Si las masas de agua más grandes de nuestro mundo se encuentran y comunican en esta zona, y si la paroja extrema, como dice Bachelard, está en el agua, nuestras geografías magallánicas entrañan entonces una metáfora profunda que **nace atada a sus costas**.

Conocemos las coordenadas de ese viaje de hace casi **500 años**, pero no tenemos el relato de las primeras personas que cruzaron el estrecho. Ni de los que vieron las aguas llevándose el puente de tierra por el que habían atravesado. Ni de los que fueron en busca de ese puente y vieron por **primera vez** el estrecho tal como lo vemos hoy. Pero aquello sucedió. Por Pigafetta tenemos el testimonio letrado del viaje ulterior, aunque tampoco tenemos el testimonio de los demás marineros: ¿cómo vivieron y sintieron esos hombres

que venían en las naos los primeros destellos de estos parajes? ¿cómo sonaron las expresiones de júbilo, las maneras de decir su asombro y sus recuerdos en sus rudas lenguas cotidianas?

No de los **primeros humanos que miraron el estrecho**, sino sólo del viaje de Magallanes y Pigafetta y sus hombres tenemos fecha. De eso van a cumplirse cinco siglos el año 2020. Y en Magallanes, epicentro de los pasos más antiguos y de ese paso, puente de esa primera vuelta al globo con registro escrito, escenario articulador de la mirada ficcional y las hiperbolizaciones literarias modernas, y mapa inaugural de la palabra que heredamos, ¿cómo vamos a pensar y a decir ese acontecimiento? ¿Haremos de él un eje refundacional para aspirar a soñar un nuevo derrotero histórico?, ¿tomaremos como hito, una vez más, la llegada de occidente al continente, con todo su fulgor esta vez, con todo su detritus?, ¿vamos a hablar y a pensar en serio y, al mismo tiempo, a jurar un buen propósito comunitario, como en cualquier víspera de nuevo año?, ¿dónde está la sutura que articule el pensamiento y la emoción, las **dolorosas verdades y la necesaria esperanza** con los tejidos geográficos, sociales e históricos de nuestras condiciones magallánicas? Habría que recordar siempre disociar la palabra "descubrimiento" del paso de Magallanes por el estrecho. Lo que acontece en 1520 es, ya se ha dicho, un hito definitivo. Pero decir que Magallanes "descubrió" el estrecho, no sólo es poner la mirada que viene de Europa en la génesis exclusiva de nuestro propio universo, sino borrar -una vez más- la mirada y los saberes de **500 generaciones anteriores de seres humanos que miraron y habitaron y siguen habitando los espacios de este estrecho**.

Si las masas de agua más grandes de nuestro mundo se encuentran y comunican en esta zona, y si la paroja extrema, como dice Bachelard, está en el agua, nuestras geografías magallánicas entrañan entonces una metáfora profunda que **nace atada a sus costas**.

Conocemos las coordenadas de ese viaje de hace casi **500 años**, pero no tenemos el relato de las primeras personas que cruzaron el estrecho. Ni de los que vieron las aguas llevándose el puente de tierra por el que habían atravesado. Ni de los que fueron en busca de ese puente y vieron por **primera vez** el estrecho tal como lo vemos hoy. Pero aquello sucedió. Por Pigafetta tenemos el testimonio letrado del viaje ulterior, aunque tampoco tenemos el testimonio de los demás marineros: ¿cómo vivieron y sintieron esos hombres

que venían en las naos los primeros destellos de estos parajes? ¿cómo sonaron las expresiones de júbilo, las maneras de decir su asombro y sus recuerdos en sus rudas lenguas cotidianas?

No de los **primeros humanos que miraron el estrecho**, sino sólo del viaje de Magallanes y Pigafetta y sus hombres tenemos fecha. De eso van a cumplirse cinco siglos el año 2020. Y en Magallanes, epicentro de los pasos más antiguos y de ese paso, puente de esa primera vuelta al globo con registro escrito, escenario articulador de la mirada ficcional y las hiperbolizaciones literarias modernas, y mapa inaugural de la palabra que heredamos, ¿cómo vamos a pensar y a decir ese acontecimiento? ¿Haremos de él un eje refundacional para aspirar a soñar un nuevo derrotero histórico?, ¿tomaremos como hito, una vez más, la llegada de occidente al continente, con todo su fulgor esta vez, con todo su detritus?, ¿vamos a hablar y a pensar en serio y, al mismo tiempo, a jurar un buen propósito comunitario, como en cualquier víspera de nuevo año?, ¿dónde está la sutura que articule el pensamiento y la emoción, las **dolorosas verdades y la necesaria esperanza** con los tejidos geográficos, sociales e históricos de nuestras condiciones magallánicas? Habría que recordar siempre disociar la palabra "descubrimiento" del paso de Magallanes por el estrecho. Lo que acontece en 1520 es, ya se ha dicho, un hito definitivo. Pero decir que Magallanes "descubrió" el estrecho, no sólo es poner la mirada que viene de Europa en la génesis exclusiva de nuestro propio universo, sino borrar -una vez más- la mirada y los saberes de **500 generaciones anteriores de seres humanos que miraron y habitaron y siguen habitando los espacios de este estrecho**.

Si las masas de agua más grandes de nuestro mundo se encuentran y comunican en esta zona, y si la paroja extrema, como dice Bachelard, está en el agua, nuestras geografías magallánicas entrañan entonces una metáfora profunda que **nace atada a sus costas**.

Conocemos las coordenadas de ese viaje de hace casi **500 años**, pero no tenemos el relato de las primeras personas que cruzaron el estrecho. Ni de los que vieron las aguas llevándose el puente de tierra por el que habían atravesado. Ni de los que fueron en busca de ese puente y vieron por **primera vez** el estrecho tal como lo vemos hoy. Pero aquello sucedió. Por Pigafetta tenemos el testimonio letrado del viaje ulterior, aunque tampoco tenemos el testimonio de los demás marineros: ¿cómo vivieron y sintieron esos hombres

que venían en las naos los primeros destellos de estos parajes? ¿cómo sonaron las expresiones de júbilo, las maneras de decir su asombro y sus recuerdos en sus rudas lenguas cotidianas?

No de los **primeros humanos que miraron el estrecho**, sino sólo del viaje de Magallanes y Pigafetta y sus hombres tenemos fecha. De eso van a cumplirse cinco siglos el año 2020. Y en Magallanes, epicentro de los pasos más antiguos y de ese paso, puente de esa primera vuelta al globo con registro escrito, escenario articulador de la mirada ficcional y las hiperbolizaciones literarias modernas, y mapa inaugural de la palabra que heredamos, ¿cómo vamos a pensar y a decir ese acontecimiento? ¿Haremos de él un eje refundacional para aspirar a soñar un nuevo derrotero histórico?, ¿tomaremos como hito, una vez más, la llegada de occidente al continente, con todo su fulgor esta vez, con todo su detritus?, ¿vamos a hablar y a pensar en serio y, al mismo tiempo, a jurar un buen propósito comunitario, como en cualquier víspera de nuevo año?, ¿dónde está la sutura que articule el pensamiento y la emoción, las **dolorosas verdades y la necesaria esperanza** con los tejidos geográficos, sociales e históricos de nuestras condiciones magallánicas? Habría que recordar siempre disociar la palabra "descubrimiento" del paso de Magallanes por el estrecho. Lo que acontece en 1520 es, ya se ha dicho, un hito definitivo. Pero decir que Magallanes "descubrió" el estrecho, no sólo es poner la mirada que viene de Europa en la génesis exclusiva de nuestro propio universo, sino borrar -una vez más- la mirada y los saberes de **500 generaciones anteriores de seres humanos que miraron y habitaron y siguen habitando los espacios de este estrecho**.

Si las masas de agua más grandes de nuestro mundo se encuentran y comunican en esta zona, y si la paroja extrema, como dice Bachelard, está en el agua, nuestras geografías magallánicas entrañan entonces una metáfora profunda que **nace atada a sus costas**.

Conocemos las coordenadas de ese viaje de hace casi **500 años**, pero no tenemos el relato de las primeras personas que cruzaron el estrecho. Ni de los que vieron las aguas llevándose el

*Viajes en contra
ya favor del viento,
naufragios y asentamientos
y cicatrices contradictorias
que han forjado,
con todo,
el paisaje humano
multicultural
DE MAGALLANES.*



*Caos y calma,
VAIVÉN DE UN VIAJE INTERMINABLE,
la historia de nuestro
estrecho
y de nuestros grandes navegantes
en barcos y en canoas,
CON SUS TUMBOS Y **gestas y tragedias,**
bautizadas o anónimas, escritas u orales,
SABIDAS U OLVIDADAS, **no comenzó**
hace 500 años.*



*Los
500 AÑOS
y la metáfora del estrecho*

CHRISTIAN FORMOSO



Consejo
Nacional de
la Cultura y
las Artes
Región de Magallanes
y de la Antártica
Chilena
Gobierno de Chile